

minotauro

PHILIP K. DICK

LA PENÚLTIMA
VERDAD



PHILIP K. DICK

LA PENÚLTIMA VERDAD

minotauro

Título original:
The Penultimate Truth

Copyright © 1964, Philip K. Dick
Copyright renewed © 1992, Laura Coelho,
Christopher Dick and Isa Hackett
All rights reserved

© Traducción de Antonio Ribera

© Editorial Planeta, S. A., 2004
Avda. Diagonal, 662-664. 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0733-4
Depósito legal: B.1.168-2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

La niebla puede llegar insidiosamente desde la calle e invadir nuestra propia casa. De pie ante el inmenso ventanal de su biblioteca –una construcción digna de Ozymandias, edificada con trozos de hormigón que en otros tiempos sustentaron la rampa de entrada a la autopista de la costa–, Joseph Adams meditaba, contemplando la niebla que venía del Pacífico. Como anochecía y las sombras empezaban a cubrir el mundo, aquella bruma le asustaba tanto como la niebla interior, que no invadía su casa pero se desperezaba y agitaba, ocupando todas las porciones vacías de su cuerpo. Por lo general, esta última niebla recibe el nombre de soledad.

–Ponme un copa –dijo Colleen a sus espaldas con voz quejumbrosa.

–¿Es que se te han caído los brazos? –replicó él–. ¿Ya no puedes ni siquiera exprimir un limón?

Se apartó del ventanal y del paisaje de árboles muertos, con el Pacífico al fondo y la capa de niebla en el cielo, mientras se iban espesando las tinieblas. Por un momento pensó que, en efecto, iba a servirle la bebida que le había pedido. Pero luego supo lo que tenía que

hacer y dónde debía estar. Se encaminó al escritorio con mesa de mármol que había sacado de una casa bombardeada que en otros tiempos se alzaba en la Colina Rusa, barrio que fue de la ciudad de San Francisco. Luego se sentó ante el retorizador y pulsó el botón que lo activaba.

Colleen se marchó rezongando en busca de un robot que le sirviese la bebida. Joseph Adams, sentado ante su retorizador del escritorio, la oyó alejarse con alivio. Por alguna razón (aunque en este caso no quería ahondar demasiado en su mente en busca del motivo) se sentía más solo con Colleen Hackett que sin ella y, de cualquier manera, el domingo por la noche siempre le salían muy mal las bebidas que preparaba: solían ser demasiado dulces, como si alguno de sus robots hubiese desenterrado una botella de Tokay por error y la hubiese utilizado en vez de vermut seco para preparar los martinis. Lo irónico del caso, sin embargo, era que los robots jamás cometían ese error cuando actuaban por su cuenta... ¿Será eso un presagio?, se preguntó Joe Adams. ¿Se estarán volviendo más listos que nosotros?

En el teclado del retorizador compuso cuidadosamente el sustantivo que deseaba: *ardilla*. Luego, tras dos largos minutos de reflexión, medio embotado, tecleó el adjetivo calificativo *lista*.

—Muy bien —exclamó y, recostándose en el asiento, pulsó el botón de rebobinado.

Mientras Colleen regresaba a la biblioteca con un largo vaso lleno de ginebra, el retorizador empezó a reconstruirlo para él en audiodimensión.

—Es una vieja y sabia ardilla —dijo con su vocecita (solamente tenía un altavoz de cinco centímetros)—, pero, aun así, la sabiduría que posee este animalillo no es suya, sino que se la dio la naturaleza...

–Al cuerno –exclamó con rabia Joe Adams, desconectando la elegante máquina de acero y plástico atiborrada de microcomponentes. El aparato enmudeció y entonces notó la presencia de Colleen–. Lo siento –añadió–. Pero es que estoy cansado. ¿Por qué Brose, el general Holt, el mariscal Harenzany, o alguien con un alto cargo, no podrían hacer que la noche del domingo cayese entre la tarde del viernes y...?

–Querido –le interrumpió Colleen con un suspiro–, te oí teclear solamente dos unidades semánticas. Dale más para ogponer.

–Le daré mucho que ogponer. –Pulsó de nuevo el botón que ponía en marcha el aparato y tecleó una frase entera mientras Colleen, de pie a su espalda, miraba y paladeaba su bebida–. ¿Está bien así?

–La verdad, me desconciertas –observó Colleen–. No sé si amas con pasión tu trabajo o lo detestas. –Leyó en voz alta la frase–: «La informalísima rata muerta retozaba bajo el leño rosado que tenía la lengua atada».

–Espera –dijo él, ceñudo–. Quiero ver qué es capaz de hacer con eso este estúpido ayudante que me costó quince mil dólares Wes-Dem. Hablo en serio: estoy esperando.

Accionó el botón de rebobinado.

–¿Cuándo es el discurso? –le preguntó ella.

–Mañana.

–Pues levántate temprano.

–¡Ah, no!

Había pensado que de buena mañana aún se sentía más desazonado.

El retorizador, con su vocecita de niño, canturreó:

–Consideramos la rata, por supuesto, como enemigo nuestro. Pero hay que tener en cuenta las grandes contribuciones que nos ha prestado únicamente en la

investigación del cáncer. La humilde rata, cual siervo de la gleba, ha prestado grandes servicios a la huma...

La máquina enmudeció de nuevo cuando él pulsó furiosamente el botón.

—... nidad —dijo Colleen en tono inexpresivo, mientras se dedicaba a la tarea de examinar el busto auténtico de Epstein, desenterrado hacía mucho tiempo y que ocupaba el nicho divisorio de las estanterías de libros que cubrían la pared oeste, donde Joseph Adams tenía sus libros de consulta sobre los anuncios para televisión del antiguo, fenecido y glorioso siglo xx, en particular los de temas religiosos y las creaciones marcianas de Stan Freberg, inspiradas en caramelos.

—¡Qué metáfora tan estúpida! —murmuró ella—. Un siervo de la gleba... Los siervos de la gleba eran aldeanos de la época medieval, y apostaría a que ni siquiera un profesional como tú sabía eso.

Asintió con la cabeza en dirección a un robot que había aparecido en la puerta de la biblioteca, atendiendo a su llamada.

—Tráeme la capa y que pongan el volador ante la entrada principal.

Volviéndose hacia Joe, añadió:

—Me voy a mi villa.

Al ver que él no respondía, dijo:

—Joe, ensaya todo el discurso sin esa ayuda; escríbelo con tus propias palabras. Así evitarás que esas «ratas siervas de la gleba» te pongan tan furioso.

Él pensó que se sentía incapaz de hacerlo con sus propias palabras y sin ayuda de la máquina; había llegado a depender demasiado de ella.

Fuera, la niebla había triunfado plenamente. Con una rápida mirada de reojo vio que lo cubría todo y llegaba hasta la ventana de su biblioteca. Bien, se dijo;

al menos nos hemos quedado sin otra de esas puestas de sol tan radiantes, debidas a las partículas radiactivas en suspensión, que parece que van a durar toda la eternidad.

–Señorita Hackett –anunció el robot–, su volador está ante la entrada principal y me han comunicado por control remoto que su chófer tipo II la espera con la puerta abierta. Debido a los vapores nocturnos, uno de los miembros del servicio doméstico del señor Adams la rodeará a usted de aire caliente hasta que se encuentre a buen recaudo en el vehículo.

–Atiza –musitó Joseph Adams meneando la cabeza. A lo que Colleen observó:

–Tú le enseñaste a hablar, querido. Eres el responsable de su lenguaje preciosista.

–Eso fue –respondió él acremente– porque me gustan el estilo, la pompa y el ritual. –Y volviéndose hacia ella con gesto suplicante agregó–: En un memorándum que envió directamente a la Agencia desde su propio despacho de Ginebra, Brose me dijo que este discurso tiene que girar en torno a una ardilla. ¿Qué se puede decir sobre ese animalillo que no se haya dicho ya? Que es ahorrador, que almacena granos. Todo eso se calla porque se da por supuesto. ¿Hacen las ardillas alguna otra cosa, que se sepa, algo que sirva para sacar una moraleja?

Luego pensó con tristeza: todas las ardillas han muerto. Ya no existe esa forma de vida. Pero nosotros seguimos alabando sus virtudes... después de haberla exterminado como especie. Con gran determinación tecleó dos nuevas unidades semánticas en el retORIZOR: *ardilla* y... *genocidio*.

Esta vez la máquina contestó:

–Ayer, cuando me dirigía al banco, me ocurrió algo

de lo más divertido. Pasaba por Central Park y resulta que...

Con incredulidad y mirando a la máquina con ojos muy abiertos, Joe dijo:

–¿Que pasabas ayer por Central Park? Debes saber que Central Park dejó de existir hace cuarenta años.

–Joe, solo es una máquina –le recordó Collen, que, con la capa puesta, había regresado para darle un beso de despedida.

–Pero este chisme está loco –exclamó él furioso–. ¡Mira que decir *divertido* cuando yo le di la palabra *genocidio*!... ¿Sabías que...?

–Está recordando –le explicó Colleen. Luego se arrodilló un momento para acariciarle la cara con los dedos y mirarle a los ojos–. Te quiero –le dijo–, pero te matarás; te destrozará trabajando. Voy a enviar un oficio a Brose, desde mi despacho de la Agencia, pidiéndole que te dé quince días de permiso. Tengo algo para ti, un regalo. Uno de mis robots lo desenterró cerca de mi villa, dentro de los límites legales de mi propiedad, ya que mis robots acaban de hacer un pequeño intercambio con los del vecino que limita conmigo por el norte.

–Un libro –dijo él con excitación, sintiendo la ardiente llama de la vida.

–Y un libro especialmente bueno, auténtico, de antes de la guerra, no una copia xerográfica. ¿Sabes qué libro es?

–*Alicia en el País de las Maravillas*.

Había oído hablar tanto de él que siempre había deseado tenerlo para poder leerlo.

–Mejor aún. Uno de esos libros tan tremendamente divertidos de 1960... y muy bien conservado: con las cubiertas intactas, tanto la portada como la contrapor-

tada. Es uno de esos libros para el mejoramiento individual: *Cómo conseguí calmarme bebiendo jugo de cebolla*, o algo parecido. *Gané un millón de dólares llevando dos vidas y media para el FBI*. O...

Él la interrumpió:

–Colleen, un día miré por la ventana y vi una ardilla.

Ella lo observó fijamente y dijo:

–No.

–Le vi la cola; es inconfundible. Es redonda, gruesa y gris como un cepillo para botellas. Y saltan así. –Hizo un movimiento de vaivén con la mano para demostrárselo, intentando también evocarlo para sí mismo–. Lancé un grito e hice salir a cuatro de mis robots... –Se encogió de hombros–. Pero al cabo de un rato volvieron y me dijeron: «No está ese animal ahí fuera, dóminus», o cualquier otra observación tan inteligente como esa.

Guardó silencio un momento. Aquello había sido, por supuesto, una alucinación hipnagógica, producida por beber mucho y dormir poco. Él lo sabía, y también lo sabían los robots. Y ahora se lo contaba a Colleen.

–Pero ¿y si hubiera sido verdad? –murmuró Joe.

–Escribe con tus propias palabras lo que sentiste. A mano y sobre papel... sin dictárselo a una grabadora. Lo que hubiera sido para ti encontrar a una ardilla viva y palpitante. –Apuntó con un ademán al retORIZOR de quince mil dólares–. No lo que piensa eso. Y...

–Y el mismo Brose –añadió él– lo haría pedazos. Quizá lograrse escribirlo, pasarlo a limpio y después a una cinta; hasta eso creo que llegaría. Pero no conseguiría ir más allá de Ginebra. Porque, en efecto, yo no diría: «Ánimo, muchachos, continuad», sino que diría... –Se interrumpió para reflexionar, sintiéndose momentáneamente en paz–. Lo intentaré –decidió por

último, poniéndose en pie y empujando hacia atrás su viejo sillón de mimbre de California—. Muy bien, incluso trataré de hacer buena letra; a ver si encuentro un... ¿cómo se llama?

—Un bolígrafo. Piensa en tu primo Ken, el que murió en la guerra. Recuerda después que ambos sois hombres y que él era taquígrafo. Ahí lo tienes; bolas y taquígrafo: bolígrafo.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Programaré el Megavac directamente a partir de ahí. Quizá tengas razón; será deprimente pero al menos no me dará náuseas; no tendré esos espasmos de pílora.

Se puso a buscar por la biblioteca el... ¿cómo lo había llamado ella?

El retorizador, que seguía conectado, decía con su voz cecita:

—Y ese animalillo tenía mucha sabiduría en la cabecita. Quizá más que la que usted o yo podamos llegar a tener nunca. Creo que podemos aprender mucho de él.

Y así seguía, en ese tono. En su interior, millares de microcomponentes pasaban el problema por una docena de bobinas abarrotadas de datos informáticos. Podía continuar así indefinidamente, pero Joe Adams tenía algo que hacer: había encontrado un bolígrafo y solo le faltaba una hoja de papel en blanco. Caramba, seguro que la tenía. Hizo una señal al robot que esperaba para acompañar a Colleen a su volador.

—Dile al servicio —le ordenó— que me busque papel para escribir. Que registren todas las habitaciones de la villa, sin olvidar los dormitorios, ni siquiera los que no se utilizan. Recuerdo muy bien haber visto un folio o un paquete de hojas de folio... no sé si los vendían por hojas o por paquetes. Procede de una excavación.

El robot transmitió la orden por contacto radiofónico directo y notó que la agitación invadía el edificio, mientras los robots se ponían a registrar sus cincuenta habitaciones a partir del lugar donde recibieron el mandato, abandonando la tarea que estaban haciendo. Y él, el dóminus, notaba en la planta de los pies la bulliciosa vida de su morada. Parte de la niebla interior se disipó, sin importarle que sus servidores no fuesen más que *robots*, aquella absurda palabra con que los bautizaron los checos y que quería decir «obreros».

Pero, en el exterior, los largos dedos de la niebla arañaban la ventana.

Y sabía que cuando Colleen se marchara renovarían sus esfuerzos por entrar en la casa, por infiltrarse a través de puertas y ventanas.

Deseó que fuese lunes y estar en la Agencia, en su oficina de Nueva York, con otros hombres de Yance a su alrededor. La vida no se reduciría allí al movimiento de cosas muertas... o, para ser más exactos, inanimadas, sino que sería la verdadera realidad.

—¿Sabes qué te digo? —dijo de pronto—. Mi trabajo me encanta. En realidad, no podría vivir sin él. No este...

Abarcó con un ademán la habitación y luego señaló el ventanal tras el que se apelotonaba la niebla, densa y lechosa.

—Es como una droga —musitó apenas Colleen, pero él la oyó.

—Muy bien, lo es —asintió él—. Usando una expresión arcaica, «me doy por ganado».

—Vaya lingüista que estás hecho —dijo ella con dulzura—. Se dice «vencido». Mirándolo bien, quizá sí deberías utilizar esa máquina.

—No —replicó él enseguida—. Tienes razón. Voy a tratar de hacerlo directamente, por mi cuenta.

En cualquier momento entraría ruidosamente en la habitación cualquiera de sus innumerables robots, trayéndole un paquete de cuartillas en blanco; estaba seguro de haberlas visto en algún sitio. Y si no las tenía en casa, podía hacer un trueque con un vecino, dirigiéndose, rodeado y protegido, desde luego, por su séquito de robots, a la finca de Ferris Granville, que quedaba al sur de la suya. Ferris tendría papel; la semana pasada le había dicho, ¡santo cielo!, por la videolínea de canal abierto, que estaba escribiendo sus memorias.

A saber lo que había que entender por memorias en la Tierra de aquellos tiempos.